

Mi abuelo

Tessy Schlosser Presburger

Esta es la historia sobre cómo conocí la historia de mi abuelo, mi *zeide*. Una historia que escribí como reto personal y que leí en voz alta por primera vez afuera de la barraca 27 (una de las varias que “albergaron” a mi abuelo) de Auschwitz-Birkenau unos días antes de cumplir 19 años. Mi primer paso de algo... La aceptación de que soy adicta a la Shoá; el principio de la comprensión de que la masacre y lo inhumano infestan mis venas y mis pensamientos.

*

Mi familia y yo vivíamos en un vecindario de bajos ingresos, yo trabajaba vendiendo verduras y ayudando a las señoras con sus bultos pesados para ganar un poco más de dinero. Jugaba fútbol con mis hermanos y en invierno íbamos a la biblioteca, ahí estaba calentito.

*

Toda mi vida me animaron a que escuche testimonios, a que pregunte, hable y cuente lo que pasó. Que comparta quién es mi *zeide*. Mi *zeide* es la persona que siempre se acuerda de cuánto cuesta el kilo de jitomate en el mercado en México y en San Diego, que se acuerda cuánto costaba en su pueblito en Lodz’... ¿Cuántos años han pasado ya?

*

Podía haber 260 mil judíos en Lodz’. Como todos vivíamos juntos, no pude darme cuenta de los cambios, solamente en algunas partes de Lodz’ pude notar el antisemitismo. Un letrero que vi: “No compre a los judíos”.

*

Siempre he visto en mi abuelo a una persona seca, dura, correcta, inteligente, especial. Un hombre que todos los sábados venía a comer a mi casa con

camisa de manga larga por elegancia, no por vergüenza. Mi *zeide*, para quien siempre se preparan papas en la comida y a quien no le gustan las verduras; que cuenta chistes e historias, que siempre está contando...

*

En septiembre de 1939 los alemanes invadieron Polonia. La vida cambió. Toque de queda de cinco de la tarde a ocho de la mañana, teníamos que usar una estrella amarilla y ya no podíamos ir a la escuela. Poco a poco se adueñaron de nuestros derechos; los nazis mataban indiscriminadamente: tiraban a personas por las ventanas; lo hacían para causar miedo en la población. Tuvieron éxito. Un día atraparon a mi hermano trabajando en la calle y lo golpearon salvajemente. De inmediato mis dos hermanos mayores, Yankel y Chil, decidieron huir a Rusia y unirse al ejército. Quería ir con ellos, pero mi madre no me dejó porque era muy chico.

*

Un día mi *zeide* se remangó la camisa para lavarse las manos y noté algo en su brazo. Yo era chiquita, quizás unos seis años, no me acuerdo. Me dijo que era un teléfono, que lo tenía tatuado para que no se le olvide. No le creí; tampoco le pregunté más.

*

Fuimos deportados al gueto de Lodz. La gente moría de hambre en las calles: mi papá fue uno de ellos. Lo enterramos, no lloré; no sabía lo que nos esperaba. En 1941 me ofrecí como voluntario para ir a trabajar a Pozen, un campo de trabajo, porque quería ayudar a mi familia y estaban ofreciendo ropa y mucha comida. Fue una mentira. Querían sacar a la gente joven, que podía trabajar, del campo. Me despedí de mi mamá y mis hermanas; en ese momento no pensé que sería la última vez que las vería. Quería mucho a mi mamá, me identificaba mucho con ella y me costó mucho trabajo dejarla.

*

Mi *zeide* siempre está preocupado por cuánto cuesta, cuánto pesa, cuántos somos en la mesa, cuánto, cuánto.

*

Después de más de un año recibí un permiso de tres días para visitar a mi familia, amenazado de muerte si no regresaba. Encontré una casa vacía: mi madre había desaparecido con mis dos hermanas. Mi abuela, que vivía a

unas cuabras de ahí, me dijo que habían sido llevadas en los trenes a Chel-mno. Era 1942. Tenía que regresar al campo de trabajo.

Vivíamos con muy poco y mucho frío. Yo solamente quería vivir. Trabaja-ba; no hablaba, no contestaba; muy de vez en cuando el jefe me daba un pedazo de pan porque no causaba problemas. En una ocasión, me dio una camisa que cambié por un cigarro y éste por un pedazo de pan. Cada día estábamos más débiles. De las mil personas que salieron del gueto, sólo 240 o 250 regresamos.

*

Ese día me acerqué a mi mamá —ella siempre me explicaba las cosas difí-ciles de una manera que pudiera yo entender— y le pregunté acerca del número. A ella sí le creí. Cuando le pregunté, me llamó y me sentó a su lado. Me contó que mi *zeide* era sobreviviente del Holocausto. ¿Qué es eso? Cuando los nazis trataron de matar a todos los judíos del mundo y mi *zeide*, al igual que casi todos mis bisabuelos y sus familias, había estado ahí: en los guetos, en los campos, en el infierno. Mi *zeide* había sobrevivido al infierno.

Es difícil acordarse bien de cómo pasaron estas memorias, puede ser que esté inventando hechos o que esté omitiendo otras cosas que sí pasa-ron, pero así es siempre en la historia, ¿no? Cuando se trata de lo que uno cuenta, cada quien reinventa su narrativa; decide qué decir y qué no decir. Hago ahora una reflexión sobre lo que recuerdo que pasó: me acuerdo que habló de una carreta...

*

En abril de 1943 fuimos mandados a un sector cerrado, como una prisión, donde no tuvimos comida durante tres días. No podía caminar, estaba muy débil, no sabía si iba a poder vivir un día más, era como un cadáver. Enton-ces fuimos deportados a Auschwitz; ahí fuimos recibidos por perros que ladraban y órdenes de ir a la derecha o a la izquierda. No sabíamos qué significaba. Me mandaron a la izquierda y me tatuaron en el brazo el núme-ro 111 907.

*

Después, le pregunté a mi papá si alguna vez *zeide* le había contado su his-toria. Creo que me dijo que lo habían hablado de forma muy superficial, que no quería hacerlo recordar. Unos años más tarde le dije a mi papá que quería entrevistar a mi *zeide*, preguntarle.

En la escuela me habían dicho que era muy importante que lo hiciera y yo entendía por qué, pero cuando finalmente me senté con mi abuelo, lo único que pude preguntarle fue acerca de cómo vivía antes y qué hizo después. Cuando era niño, se lavaba los dientes con bicarbonato de sodio, porque así se lavaban los dientes los pobres, me dijo, y una vez que llegó a Estados Unidos, trabajó un rato de bartender. El tema de Auschwitz y la muerte quedaron simplemente mencionados como un puente entre los dos mundos.

*

Fui transferido a Birkenau, como a dos kilómetros de Auschwitz. Nos levantamos a las siete de la mañana, nos lavamos y nos formamos. Nos dieron café, agua con hojas, y una pequeña porción de pan que creo estaba hecho de corteza de árbol. Sabían que bajo esas condiciones no viviríamos más de 90 días.

Algunos de mis amigos trabajaban en el Canada Command, y a veces me traían raciones de pan, salami, cigarros, lo que pudieran encontrar. Ellos me ayudaron a sobrevivir. Trabajaba construyendo barracas. Los guardias eran en su mayoría criminales alemanes y polacos convictos, muy crueles, así que traté de estar lejos. Sólo me golpearon una vez y me salvó la vida el lodo.

*

En séptimo año nos dejaron un trabajo en la escuela: “Shorashim”. El objetivo era recolectar la historia de nuestras raíces. Investigar quiénes somos a partir de quiénes fueron nuestros familiares. Me decidí a pedirle a mi *zeide* que me escribiera su historia. Me dijo que le costaba mucho trabajo escribir, que el lenguaje no era su fuerte, pero que me podía dictar. Así que me senté a oír y escribir. No le pregunté nada mientras narraba; no pude, no quise, solamente transcribía sus palabras. Ni siquiera estoy segura de si realmente escuché y presté atención a lo que me decía.

Sólo le pregunté dos cosas sobre las que tenía curiosidad al final de su relato: en qué idioma contaba y si creía en Dios. Me dijo que la segunda respuesta era más fácil. Me contestó simplemente que sí, que nunca dejó de creer en Dios. En cambio, la primera le costó más trabajo. Me respondió que él sabía español porque se había casado con mi abuela, con la que había llegado a México; inglés, porque después de la guerra se fue con su tío Simje a vivir a Nueva York; ruso y alemán porque los aprendió en los cam-

pos; polaco, porque esa era la lengua que tenía que hablar y entender en la escuela, pero que en su casa hablaba yiddish; por lo tanto, él contaba en yiddish. Hace un mes me enteré que el alemán no lo aprendió en el campo, sino que era el idioma en el que hablaba con su mamá; el idioma que mejor maneja, el que le trae recuerdos de cariño... también el que menos le gusta hablar hoy.

*

Nunca recé, excepto por el *kaddish* enfrente de un cuerpo. Desde mi lugar de trabajo se veía el crematorio trabajando día y noche. Pasé 19 meses en Auschwitz-Birkenau.

En enero de 1945, los alemanes ordenaron la “Marcha de la Muerte”. Marchamos diez o doce días a pie y en carros de trenes; algunos, muy pocos, escaparon. Nos llevaban a Mauthausen. Éramos tantos que apenas podíamos caminar. No teníamos dónde dormir y la comida era más escasa que nunca: un puño de azúcar en cada bolsillo.

Cuando llegamos, la mayoría de los prisioneros en el campo eran italianos, partisanos, franceses, españoles y alemanes. Casi no había judíos: la mayoría habían muerto. Tres días después me trasladaron a Melk y luego a Ebensee. En estos campos mi trabajo era construir túneles.

El 5 de mayo de 1945 los americanos liberaron el campo. Al entrar, los soldados lloraron, no podían creer lo que veían sus ojos; no podían creer que éramos seres humanos. Un soldado judío llamado Cohen se acercó y nos preguntó si necesitábamos algo. Le dijeron que querían rezar el *kaddish*. Cohen fue por otros soldados judíos, trajo unos *talliot* y empezaron así a rezar. Unos ni siquiera se podían mantener de pie, pero se sostuvieron entre ellos y rezaron.

*

En segundo año de preparatoria invité a mi *zeide* para que nos diera una plática a unos amigos y a mí. Contó su historia y esta vez se adentró más en su horrrífica experiencia. Él decía que era bueno contar, que le dolía, pero que era importante que se sepa. Nos invitó a que preguntáramos lo que quisiéramos.

Mis amigos preguntaron y él contestó con calma. Una respuesta se me quedó grabada. Cuando un amigo le preguntó si odiaba a los alemanes, él contestó que no se puede vivir con rencor, porque si vives con rencor, si

piensas en la venganza, realmente no estás vivo, pero que él no perdona ni olvida, sólo ignora y sigue adelante. “No perdona ni olvida”. ¿Qué puedo decir yo al respecto, que nunca caminé sobre cadáveres, que nunca fui uno?

*

Muchos murieron cuando comieron. Sus estómagos eran tan pequeños que no estaban acostumbrados a ingerir comida. Cuando llegó la Cruz Roja, instalaron un hospital. Para ese entonces pesaba 32 kilos. Como podía caminar me llevaron a un campo de desplazados. Ahí contraje tifus. El Joint nos ayudó mucho.

En 1949 emigré a la ciudad de Nueva York donde vivía un tío de mi mamá. Tenía 21 años. En 1956 me casé y llegué a México. Tuvimos dos hijos, pero nos divorciamos porque las cosas no estaban muy bien entre nosotros. Unos años después me volví a casar.

*

Hoy veo a mi *zeide* y veo en él a un ser humano con una fortaleza interna admirable. Durante muchos años estuve en cierto modo enojada con mi abuelo: nunca me contó su historia desde un punto de vista personal; sin embargo, hoy me doy cuenta de muchas cosas más importantes para mí que escuchar de su boca si un nazi específicamente lo pateó o qué castigo le impusieron por hacer qué. Ya puedo prescindir de esos detalles y comprender las intenciones de mi abuelo, de mi *zeide* que me dice *méidele*; que siempre cuando se despide de mí en el teléfono me manda un beso más que yo a él, que no tiene paciencia y le gusta acompañar a mi papá cuando ve el fútbol, aunque a él no le apasione. Veo a mi abuelo, que me protege de las atrocidades que no quisiera que escuchara jamás, cuando me narra su pasado. Hoy puedo ver cómo la historia, la Shoá, formó a mi *zeide*. Finalmente entiendo que también me formó —y me forma— a mí.

*

Hoy estoy aquí sentado con una mujer maravillosa a mi lado, con dos hijos a los que amo y de los cuales estoy muy orgulloso. Tengo cuatro nietos y he adoptado en mi vida a otros once por quienes agradezco diariamente y puedo decirte que ya no pienso como pensaba antes, ya no pienso en “sólo quiero vivir un día más”, pienso simplemente en vivir. 